

CAPÍTULO V

INDEPENDENCIA IDEOLÓGICA Y SINDICAL DE LA CLASE OBRERA

1

INDEPENDENCIA IDEOLÓGICA Y SINDICAL

La clase proletaria consciente es aquella que se ha independizado, ideológica y organizativamente de la burguesía. Constituye la adquisición más valiosa del asalariado y el punto de partida de su lucha revolucionaria.

Puede hablarse de independencia ideológica solamente en el caso de que el proletariado enarbole su estrategia propia: la revolución y dictadura proletarias. Esa independencia no puede circunscribirse al ámbito de las reivindicaciones inmediatas o salariales y es la consecuencia de un largo proceso de evolución de la conciencia de clase, vale decir política.

Las ideas dominantes en esta época son las ideas propias de la burguesía y no puede concebirse el problema de otra manera. Las ideas de la clase obrera son necesariamente heréticas y forman parte de la lucha contra el orden social establecido. La independencia ideológica de la clase revolucionaria se traduce necesariamente en organizaciones también independientes de la influencia de la burguesía. El proletariado independiente es también opuesto a la clase dominante.

La independencia ideológica quiere decir que la clase se ha tornado consciente, y, por tanto, se ha organizado en partido político, que resulta ser la clase misma y su expresión más elevada.

La emancipación de los oprimidos y explotados solamente puede concebirse si han logrado su independencia ideológica con referencia a la clase dominante. Si no han conquistado esta independencia quiere decir que se mueven bajo la dirección de la burguesía, que sigue siendo clase dependiente de su explotador y opresor. Los esclavos para emanciparse tienen que buscar romper sus cadenas y no adorarlas.

La independencia ideológica es un proceso contradictorio y no puede decirse como algo que se da de una vez por todas. En los momentos de reacción vuelven a brotar en las filas obreras prejuicios e ideas reaccionarias, que parecerían desmentir la independencia de clase ya conquistada. En realidad, se trata de que las capas más atrasadas funcionan como canales de difusión de las ideas burguesas y lo hacen en tal forma que opacan a la vanguardia. Pese a todo, el capital ideológico de la clase permanece en manos del partido revolucionario y en la subconsciencia de la clase. El nuevo ascenso se dará partiendo de las posiciones ya conquistadas en la lucha. Dicho de otra manera: la independencia de clase no se pierde, permanece en la subconsciencia. Lo grave sería que el partido revolucionario cambie de contenido de clase y adopte la política burguesa, en ese caso la independencia clasista llegaría a verse relegada indefinidamente.

La burguesía trabaja tercamente para lograr enturbiar o destruir la independencia de clase, pues su propia estabilidad como gobierno depende de este hecho. La amenaza de la destrucción de la gran propiedad privada de los medios de producción puede verse postergada con el grave entorpecimiento en la evolución de la conciencia de clase. No solamente se trata de que los obreros se diferencien de la clase dominante, sino de que adopten una posición opositora, pues la tarea histórica que deben cumplir no es otra que destruir el capitalismo. El reformismo (en el campo sindical se encarna en la burocracia), que conduce al colaboracionismo clasista, es el peor enemigo de la independencia de clase, los trabajadores ya no oponen su propia política a la política burguesa, sino que se dedican a embellecerle el rostro, para que resulte más aceptable. La actividad sindical es la que mayormente impulsa el surgimiento del reformismo.

El colaboracionismo clasista, que bien puede acabar en la cogestión empresarial y en el cogobierno con la burguesía, en la negación de la independencia ideológica, No se trata, en verdad, de que los explotados

y explotadores cooperen de igual a igual, como si fueran dos potencias con la misma fuerza, sino del sometimiento de la masas a la burguesía, del servilismo frente a ésta.

La burocracia cobista sostiene la curiosa y peligrosa tesis de la identidad de colaboración con la burguesía con la independencia de clase. Una y otra vez, esa burocracia ha formulado la urgencia de forjar planes encaminados a poner a salvo el orden social existente, a tornarlo viable y soportable para los trabajadores. Por vanidad o por estupidez, o por ambas cosas, los dirigentes corruptos se hinchan toda vez que pueden aparecer como directores de empresa, como ministros, como co-gestores, etc., con capacidad para salvar al capitalismo de su ruina cierta, En este planteamiento se ignora del todo la necesaria destrucción del capitalismo para que sea posible la liberación de[proletariado, cuyas finalidades históricas se ven totalmente subordinadas a la Política burguesa.

La clase obrera ideológicamente es independiente porque ha adquirido conciencia, es aquella que protagoniza la lucha de clase contra clase, es decir, la lucha política, que está organizada en partido político. Se puede decir que el proletariado es independiente de la burguesía y opuesto a ella cuando se le enfrenta como partido político, que tanto vale decir como objetivo estratégico.

Los sindicatos en su origen eran ya núcleos de resistencia y de defensa de los trabajadores. Para cumplir esta función elemental estaban obligados a actuar como oponentes de los capitalistas y del Estado, no como sus subordinados; esta subordinación no podía menos que llevar a la traición de los objetivos del sindicalismo. La subversión contra la burguesía forma parte de la estructuración del proletariado como clase.

Las organizaciones laborales en el período de la independencia de clase son aquellas que desarrollan una política revolucionaria, política difundida por el partido político. Las peores enemigas de esta actividad son las aristocracias obreras y las burocracias sindicales, que prácticamente se empeñan en destruir la independencia de clase y en perpetuar el sometimiento a la clase dominante.

Hay que señalar con toda nitidez que la política revolucionaria, que es lo mismo que decir la independencia ideológica de la clase, no es generada por los sindicatos como tales o por los obreros del montón; esa política es difundida por el partido político, que está interesado en ganar al grueso de los trabajadores para sus posiciones. A través de esta labor pueden sus militantes concluir convertidos en dirección. Es así como se da el predominio del partido sobre el sindicato.

Los sindicatos necesariamente tienen una actuación dual: no pueden, por muy revolucionarios que sean, zafarse del todo de la actividad en el marco legal, del arbitraje (los conflictos sociales comienzan moviéndose en este marco) y se ven compelidos a utilizar sus propios métodos de lucha (acción directa, que por sí misma violenta a la ley) para imponer sus reivindicaciones. Esa actuación dual lleva implícito el peligro de que todo acabe en el reformismo (sometimiento a la ley y únicamente planteamiento de reformas). La política revolucionaria subraya la importancia de la acción directa. Se trata de que el instinto comunista se transforme en conciencia, es decir en política comunista.

El sometimiento de los sindicatos a los patrones o a su Estado constituye la pérdida de la independencia de clase. Las organizaciones laborales, si quieren defender los intereses obreros de manera consecuente tienen que defender celosamente su independencia frente a las autoridades y al capitalismo. Esta independencia será aplicada inclusive con referencia al futuro Estado obrero. Los trabajadores tienen que ser defendidos también de los excesos que pudiese cometer el gobierno revolucionario, la dictadura del proletariado.

La cogestión empresarial de los obreros con la burguesía es colaboracionismo clasista y supone la pérdida de la independencia ideológica y sindical. Los explotados se sientan en la misma mesa con sus explotadores (importando poco que la burguesía actúe a través de su Estado) buscando poner a salvo a las empresas, asegurarles mayores ganancias a costa de una mayor disciplina y productividad en el trabajo. Esto es todo lo contrario del control obrero colectivo, que tiene la finalidad de poner al desnudo el manejo empresarial, la forma de explotación de los obreros, el destino que se da a la plusvalía y los medios que se utilizan para burlar el pago de impuestos al Estado y los beneficios sociales a los trabajadores. En la cogestión los dirigentes -esto en el mejor de los casos- hacen de las ganancias causa común con los empresarios; el control obrero proyecta la lucha de clases en el nivel empresarial y utiliza los datos que obtiene para luchar mejor contra el régimen burgués. La cogestión obrero-empresarial en

COMIBOL ilustra lo que venimos diciendo.

2

INDEPENDENCIA POLÍTICA

La independencia ideológica de la clase obrera de la influencia burguesa se traduce, necesariamente, en independencia política. La independencia ideológica es conciencia de clase, presupuestos de la lucha de clase contra clase, de la lucha política. No puede concebirse una clase social ideológicamente independiente que no desarrolle una política propia y que no puede menos que ser revolucionaria, esto porque coloca como referencia central el cumplimiento de sus tareas históricas: la revolución y dictadura proletarias.

La independencia política importa la organización del proletariado en partido también independiente y opuesto a las organizaciones burguesas y a las "izquierdas" que las sirven. La clase políticamente independiente es la que actúa como partido, buscando cumplir sus tareas históricas, esmerándose en delimitar sus contornos clasistas, oponiéndose a las otras organizaciones que desarrollan la política burguesa. La necesaria polémica ideológica llegará a su forma exacerbada cuando se trueque en enfrentamiento armado.

La clase obrera que se encamina a ser gobierno, siempre actuando como partido, tiene necesariamente que ser independiente, si no lo es importa que sigue la política propia de la burguesía. Su norma de conducta diaria se guiará por la certidumbre de qué es beneficioso y moral todo lo que aproxima a la clase oprimida a la conquista del poder, que preserva, sobre todas las cosas, su independencia política, ideológica y sindical; que solamente le está permitido realizar todo lo que no rompe este marco. No debe hacerse nada, por inmoral y contrario a los intereses de los explotados, que les aparte del cumplimiento de sus objetivos estratégicos, que concluya sometiendo a las masas y a sus organizaciones (partido, sindicato, órganos de poder) a la política burguesa, no debe practicarse el colaboracionismo clasista, por ejemplo.

Violentando lo que es creencia común y que confunde la política revolucionaria con la politiquería en la que se encuentran envueltos los grupos burgueses, la conducta del partido de la clase obrera es altamente moral, conducta que emerge de sus principios ideológicos y políticos.

El partido revolucionario puede concluir acuerdos temporales, que no afecten los principios programáticos, con las organizaciones más diversas; lo hace porque pueden ayudarle a cumplir sus movimientos tácticos, porque pueden fortalecerle. Todo acuerdo temporal, todo compromiso político, debe, de manera necesaria, encaminarse a potenciar al partido revolucionario, si, por el contrario, lo minimiza, no sirve y debe ser rechazado. Los frentes políticos pueden concluirse a condición de que no desvíen a la organización de sus metas estratégicas, de que no comprometan la independencia de la clase obrera. Un ejemplo: en Bolivia tanto el proletariado como la burguesía están interesados en arrastrar detrás de sí a la mayoría nacional, lo que puede lograrse uniendo a toda la nación oprimida, pero de aquí no puede deducirse que tanto la política burguesa como la proletaria sean la misma cosa frente al imperialismo, son cualitativamente diferentes. La burguesía busca sellar la unidad nacional bajo su dirección política a la que se suma el stalinismo. Contrariamente, la clase obrera forjará la unidad de las masas en general bajo su estrategia, imprimiéndole la modalidad del frente antiimperialista. Lo más que puede proponer la burguesía a las masas que logre arrastrar es la conformación de un gobierno democrático. La clase obrera llevará a la mayoría nacional hacia la dictadura del proletariado. Son diferentes no solamente, los objetivos, sino también los medios organizativos y los métodos de lucha.

En cierto momento de la evolución de la clase, la existencia de un partido revolucionario poderoso, tanto en los aspectos programático, teórico y político, se convierte en el requisito imprescindible para asegurar y preservar la independencia ideológica y política del proletariado. Si este partido se trueca, por tal o cual razón, en contrarrevolucionario, se habrá perdido la independencia de clase y ya no será posible asegurar la lucha de clase contra clase.

3

ESTATIZACIÓN DE LOS SINDICATOS

En los países atrasados, los movimientos nacionalistas populares están vivamente interesados en controlar de cerca a las organizaciones obreras, en incorporarlas al aparato estatal, a fin de potenciarse frente al imperialismo, lograr estabilidad política y que aquellas se esmeren en cumplir los planes gubernamentales. Los sindicatos corren el riesgo de concluir reducidos a la condición de simples eslabones de la máquina gubernamental. Trotsky anotó que la estatización del sindicalismo era uno de los mayores peligros en nuestra época.

La cogestión y el cogobierno de la clase obrera con la burguesía facilitarían enormemente el cumplimiento de tales proyectos estatizadores. Casi de manera natural, los sindicatos cogestionarios y cogobernantes concluirían asimilándose al Estado burgués.

No es necesario repetir que la estatización de los sindicatos solamente puede darse si la clase obrera ha perdido su independencia y ha dejado de desarrollar una política revolucionaria; pues ya no se trata de combatir a los explotadores sino de cooperarles desde las entrañas mismas del Estado, que es la expresión de la organización política de la burguesía.

El nacionalismo burgués y la "izquierda" que está detrás de él, argumentan que la presencia de los sindicatos en el seno del aparato estatal (el planteamiento se repite con insistencia tratándose del cogobierno) permitiría que el gobierno se transforme en obrero, revolucionario, socialista, etc. Esas direcciones políticas ponen especial cuidado en no revelar el contenido de clase del nacionalismo, se limitan a calificarlo como popular (una forma "izquierdista" de olvidarse de la lucha de clases), todo para que su argumentación pueda ser aceptada y considerada viable. La verdad es que la clase dominante no puede trocarse en su contrario, aunque sé metan en su seno los socialistas más habilidosos en la maniobra. A la burguesía no se la reforma, no se la educa ni se la convierte en socialista, únicamente se la puede derrocar, expulsar del poder.

Los sindicatos estatizados dejarían de defender los intereses obreros, de oponerse a los explotadores, esto porque no tendrían más remedio que cooperar con estos últimos. En su seno se potenciarían los equipos de dirigentes burocratizados, que serían los primeros en actuar como instrumentos del gobierno; contrariamente, las bases serían silenciadas y disciplinadas en el trabajo.

La estatización de los sindicatos no es una cuestión académica, sino un peligro de todos los días y los trabajadores deben ser debidamente alertados acerca de su gravedad, para poder combatirla. El problema, debe ser discutido cuidadosamente por las bases obreras.